

# SUCEDIÓ EN LA JUDERÍA

CONCURSO DE MICRORRELATOS  
Del 1 de marzo al 15 de abril de 2018





## **IV CONCURSO DE MICRORRELATOS DEL MUSEO SEFARDÍ** **“SUCEDIÓ EN LA JUDERÍA”**

El Museo Sefardí ha desarrollado su **IV Concurso de microrrelatos *Sucedio en la Judería*** para celebrar el Día Mundial del Libro, así como la designación del año 2018 como Año Europeo del Patrimonio Cultural. La iniciativa tiene como objetivo fomentar la creación literaria desde el Museo, como agente transmisor de la cultura y del patrimonio cultural toledano. Para ello, propusimos la creación de relatos cortos, de no más de 400 palabras, cuya historia transcurriera en la judería de Toledo, espacio emblemático de la ciudad.

Esta publicación digital que presentamos recoge los tres primeros premios y la mención especial del jurado. El **primer premio** ha sido otorgado al microrrelato titulado ***No corras, estoy aquí*** firmado por el pseudónimo Prudens; por crear con acierto una atmósfera de misterio con la judería de Toledo como telón de fondo. El **segundo premio** ha recaído en el microrrelato ***La última vela***, firmado por el pseudónimo Gelsomino notturno, que logra dotar de palabras las imágenes y dar voz a uno de nuestros más ilustres personajes históricos. Por su parte, el microrrelato ***Retorno a Ítaca***, firmado por el pseudónimo Leah Bernahan ha sido merecedor del **tercer premio**, por representar fielmente la vinculación de la judería toledana con la cultura sefardí.

Asimismo, la **mención especial** del jurado al microrrelato titulado ***La asesina del mocho***, bajo el pseudónimo de Cris C., tuvo en cuenta la originalidad de su temática y su rebeldía contra los tópicos.

Con esta publicación digital queremos agradecer, no solo a los ganadores, sino a todos los participantes del concurso, su interés, creatividad e implicación en el mismo.

Esperamos que sean de su agrado.

Museo Sefardí



## PRIMER PREMIO

### *No corras, estoy aquí*

Judería de Toledo, laberinto, silencio y calles desiertas. Cae la tarde, nadie. Desando una gastada cuesta, y otra, descendo, elevo la vista y las paredes ascendentes e inclinadas cercenan el espacio, que encoge y va impidiendo ver la luz y el poco cielo que queda oscurecido por una lluvia convertida en más intensa por momentos.

De la exigua puerta del viejo baño del Ángel, sale, se desliza una figura menuda, un sonoro golpe de la puerta contra su dintel, una rápida ojeada en derredor y escapa veloz. Me sobresalto, perplejidad, creo reconocer una imagen del pasado: una doblada esquina, un susurro, un oscuro rincón.

¡Rápido!, corro, vuelo, me deslizo calle abajo sobre los adoquines que deslumbran con un brillo infame, el agua resbala... el tremendo estruendo de un trueno me sobresalta y desequilibra y caigo... y vuelan los libros que aún aguantaban aprisionados fuertemente por uno de mis brazos.

Desde el húmedo suelo atisbo la sombra informe, sus vagos e indeterminados contornos continúan deslizándose etéreos y ¡¡¡nooo!!!, la figura humana desaparece como sombra siniestra, se volatiliza ante mis atónitos y cansados ojos que quiero agudizar para no perderla. Salto... para seguirla sin ya verla. Recupero mi carrera y la calle que traigo cargada a mis espaldas toma una inflexión y gira, yo con ella, y se abre ahora encrucijada que complica mi decisión de seguir. A mi derecha traspaso el arco, subo con la respiración jadeante. Pero ya no la veo, ya la perdí, y una farola que parpadea titilante luz, me traiciona y se apaga.

Me siento unos instantes para recuperar el aliento... y ahora... regreso sobre mis pasos... Simplemente subiré la cuesta... observo a mi derecha y... la puerta clavada... que se cerró con premura y violencia. El agua me chorrea por el pelo, por las pestañas y me impide ver... cabizbajo sigo subiendo. Silencio, nadie.

Vuelvo para recuperar mis libros, que desperdigados, la lluvia fundía ahora con el infame brillo de los adoquines húmedos... los intuyo más allá. Llego al fin, con la confusión de haberlo visto, o imaginado, no lo sé. Me agacho, recojo con desolación el reblandecido papel, maldiciendo haberlos dejado mojarse y renegando de esa loca carrera sin sentido provocada por la imaginación. De repente, un sutil dedo toca mi hombro y apenas puedo



reaccionar cuando una voz a mis espaldas susurra: ¿Por qué corrías?, estoy aquí.

## SEGUNDO PREMIO

### *La última vela*

Las palabras del médico llegan tan suaves a la almohada de Domínikos. Y de todas las palabras de su vida, ahora solo queda en su memoria una pregunta: ¿Por qué pintar tantas veces aquel tema tan raro de un niño soplando con un mono?

Que no es un niño. Es un recuerdo, lo quiero explicar antes de morirme. Intento hablar, no puedo y solo me salen mis antiguas palabras, de cuando yo era griego. Que no es un niño; es el secreto de un hombre recién llegado, alumbrado por la luz del atardecer. Y entre todas las estrellas, el reflejo de una luz, es lo que llama la atención de mis ojos de pintor, veneciano todavía.

Tras una ventana entornada, una muchachita; los rasgos transformados por la luz de la vela que iba encendiendo, tal que en principio no pude entender si fuese un niño, un ángel o un sueño. Y así pinté mi indecisión. Ese rostro explotaba de luz cuanto el resto quedaba enormemente en la obscuridad, como el hombre que se asomó, intentando reírse de un encanto tan bello cuanto insoportable. En contra, por un instante, se le quedó en la cara la misma marca de eternidad. La niña en aquella luz bendita, acariciaba el tiempo de encender las otras siete velas.

Alejándome, escuchaba aún su rezo secreto. Palabras que volvían en mi cabeza por todo el callejón verde, y que seguían persiguiéndome como la curiosidad nunca satisfecha que tiene un mono. El intento de cautivar sobre el lienzo aquella carita encendida, cada vez estaba más lejos de la verdad que dejé de pintarla. Pero ahora sigue buscándome y por fin me encontró, ya no puedo huir. Espero que me salve aquel rezo de niña judía con lo cual me quedo en esta última cama. Yo, El Greco, lo confieso ahora. Pinté tantas veces aquella vela para que no se me apague; ya no puedo pintarla más. Y se apagó.



## TERCER PREMIO

### *Regreso a Ítaca*

*Qué harías tú si supieras que de un día para otro pueden expulsarte, que bastarán una firma y un sello de lacre al pie de un decreto para que tu vida entera quede desbaratada...*

Sefarad, Antonio Muñoz Molina

Leah Bendahan creció con la idea de que nunca es tarde para una quimera y ese día, más que nunca creía en ella. Por fin se había jubilado. No le apetecía visitar a sus hijas en Nueva York pero sí salir de Haifa. Coger un vuelo que la llevara hasta aquel horizonte tantas veces soñado. Hizo la maleta. Solo llevaría lo imprescindible, y lo imprescindible era esa cajita de terciopelo azul desgastado por el tiempo y que había pasado por las manos de todas y cada una de las mujeres de la familia. Acarició la cajita recordando la nana que su abuela le cantaba:

Durme kerida hijica,  
Durme sin ansia y dolor.  
Cerra tus chikos ojicos,  
Cerra tus lindos ojicos,  
Durme durme con sabor.

De las fajas tu saliras  
y a la skola tu iras.  
l'aí! mi kerida hijica,  
aleph bet ambezaras.

Ya de camino al aeropuerto, iba repasando lo que haría una vez allí. Lo tenía todo previsto. Conocía la dirección exacta. La había contrastado en Google Maps y se había cerciorado de que todo estaba bajo control. Debía pasar por delante de la casa del famoso Samuel Levi, hoy Museo de El Greco. Una vez ahí, girar a la derecha y buscar la palabra **יח**. No tenía pérdida.

Después de casi seis horas de vuelo, la azafata la despertó. También se despertaron en ella dos sentimientos antagónicos: la euforia de llegar y la nostalgia de una vida que nunca vivió. La primera parte ya estaba hecha.



Recogió el escaso equipaje y con paso firme y seguro se dispuso a emprender la segunda parte de su viaje. Fue rápido, sencillo. Se lo sabía de memoria: Había hecho ese recorrido virtual miles de veces. Ahora era real.

Encontró el museo, giró a la derecha y allí estaba. Reconoció la palabra grabada en un azulejo blanco. Con la solemnidad propia de las personas que han sabido esperar, sacó de la cajita aquella llave desgastada por el uso de la memoria y que llevaba consigo desde tiempos que ni recordaba. La metió en la cerradura y la puerta se abrió. La herida de más de 500 años estaba a punto de cerrarse. Atrás quedaba la nostalgia de la patria perdida. Había vuelto a casa.

## MENCIÓN ESPECIAL

### ***La asesina del mocho (La Tribuna de Toledo. Sucesos)***

La judería de Toledo se encontraba, aquel año aciago de 2018, en plena temporada turística, sin sospechar lo que se le venía encima. Por si fuera poco, además de las diversas borrascas, tormentas y tornados (desde Sandra a Giselle) que arrasaron su bonita geografía y su cuidado Patrimonio, una serie de hechos luctuosos empañaron para siempre la imagen de la ciudad, hasta el punto que jamás se recuperó el pujante turismo, que la había caracterizado durante el siglo XX y buena parte del XXI.

El primer cadáver de una turista con el rostro tumefacto por los golpes de un mocho de fregona al lado, en decúbito supino, junto al callejón de los Naranjos dio mucho que hablar en una pequeña ciudad de provincias en la que los últimos crímenes databan de la Guerra Civil, de los bandoleros del XIX, de las leyendas románticas de Bécquer o viejas historias de amor medievales entre bellas y pérfidas judías y nobles caballeros cristianos. Ni el móvil, ni el instrumento asesino usado, (el humilde mocho de una fregona comprada al parecer en un "Todo a 100" chino del barrio de Santo Tomé), parecían tener ninguna explicación.

Pero cada viernes por la tarde, durante aquella inolvidable primavera tormentosa, al caer el sol e iniciarse el *sabbath* judío, un nuevo cadáver de guiri aparecía en diversos callejones de la judería: ora una coreana, ya una alemana, bien una rusa, incluso una guía turística local, a la que se puso un altarcito de recuerdo en el callejón de los Jacintos, bajo la advocación de Santa Gema Favorita, apareció invariablemente noqueada por el mocho asesino. Ni la sagrada calle del Ángel se salvó de la ola de crímenes hasta el punto de



equiparar el neblinoso y londinense barrio de Witchapeal, del afamado Jack the Stripper, con la Al,Acaba toledana.

La policía científica, tras muchas y profesionales investigaciones, dedujo que la asesina era una mujer, alérgica a Toledo, y que era zurda. Su detención es cuestión de días y se espera que cometa un error mínimo, pues ya están tras sus pasos. Mientras, la temporada turística ha quedado suspendida, los museos han sido cerrados por precaución y todos sus trabajadores han sido reubicados en hoteles de Canarias con todos los gastos pagados, que ya se merecían un descanso...

Informó para La Tribuna, Cristina Cris, C.C.